

Editorial

Muchas «terapias»... Deseo de salud

P. Silvio Marinelli Zucalli

Director

Se multiplican las terapias; sería difícil hacer una lista completa: junto a la medicina alopática «tradicional» (de origen hipocrático), encuentran cabida otras formas de medicina, tradicional», ligadas al mundo agrícola e indígena (herbolaria) o a tradiciones «orientales» (la acupuntura, por ejemplo). Otras terapias se injertan en los entrecejos de la relación cuerpo-mente-espíritu y tienen una visión «holística» (es decir, integral) de los lazos, influjos y compatibilidades de los aspectos espirituales, emocionales, mentales y lo corpóreo.

Junto a metodologías y recursos científicos de efectividad probada, se esconden prácticas superficiales, creencias irracionales, visiones mágicas, charlatanería y, también, negocios lucrativos que no persiguen la salud de los ciudadanos, sino sólo una búsqueda de ganancias ilícitas. No es fácil orientarse en el «supermercado de la salud»: la ley de la oferta crea la demanda... Intereses económicos colosales, una vez creados, tienen la capacidad de «justificar» sus productos y su mercado.

Por otro lado, la incapacidad de «tolerar» el sufrimiento, el proceso de envejecimiento y la realidad de la muerte, alienta en muchos un deseo (¿delirio?) de omnipotencia y de derrotar completamente las barreras de nuestra finitud. Esta dinámica se conjuga con la oferta de productos que prometen (tal vez en buena fe, sin embargo muy a menudo jugando con la credulidad de las personas) la solución y satisfacción de estos deseos. Estamos de acuerdo, como afirma Francisco Álvarez (Revista Humanizar, N° 94), en reconocer que «la salud no es un concepto unívoco, sino análogo, por tanto emparejado y emparentado con otros: plenitud, integridad, bienestar, felicidad, armonía, equilibrio, incluso salvación... Su éxito y su recorrido dependen de muchas variables, no todas igualmente identificables. Su geografía no se limita al cuerpo, a sus órganos, tejidos y funciones, sino que penetra hasta los últimos pliegues del alma y tiene su morada o su infierno en el mismísimo corazón. Conjuga los tres tiempos de la vida y camina con las edades, creciendo y decreciendo, instalada en la incertidumbre y en el riesgo».

Advertimos la urgencia de mayor claridad, de un marco legislativo más preciso, de investigaciones científicas confiables. Sentimos la necesidad de una palabra que clarifique nuestras dudas, que calme y apague nuestra sed de verdad y de certeza, que nos defienda de estafas, que nos anime a confiar en los que se definen «agentes de salud».

En nuestra sociedad, el abanico de la salud se ensancha cada vez más, el mosaico se hace más rico y complejo; en el rompecabezas entran nuevas piezas, la melodía adquiere nuevos sonidos y tonalidades. El ideal social de la salud refleja cada vez una mayor sed de totalidad. Que todo «funcione». Que lo precario sea superado. Que la calidad alcance los mayores niveles. Que se retrase progresivamente la aparición de las patologías relacionadas con el envejecimiento. Que la salud sea integral. Como afirma el mismo Álvarez, «no es posible; como aspiración e ideal está muy bien; pero habrá que atender a varios requisitos básicos. Tal vez el primero de todos: integrar. Significa asumir, encontrar o reencontrar el centro, reconciliarse con los límites inevitables y afrontar la vida en clave de posibilidad y proyecto: es decir, de libertad».